

De este modo una bella zagaleja,
 Cuando de Silvio cruel triste se queja,
 Del alma abre los ojos,
 Y alivia los enojos
 De un amor ofendido; concluyendo
 Con aquestos renglones
 Que en el tronco de un árbol va escribiendo
 Para alivio de incautos corazones.

Zagala, tu amor conten,
 Si lo quiere algun zagal,
 Pues si Silvio pagó mal
 ¿Quién habrá que pague bien?

EGLOGAS.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Compuso el autor las dos siguientes ÉGLOGAS siendo muy jóven, cuando por lo mismo aun no podia poseer todos aquellos conocimientos que se requieren en este ramo de la poesía. Asi lo expresó en un cuaderno escrito de su puño, donde dice: *Que no las estraia de ese lugar, porque no escribia para el público; sino para los amigos privados.* Sepa tambien el lector, que la formacion de ellas fué obra de poquísimo tiempo.

ÉGLOGA PRIMERA.

EL AMANTE MAS FIEL

DE LOS PASTORES.

DEDICATORIA.

A tí, con quien mi amor en algun dia
De mi albogue al compas triste cantaba,
Y tu voz sus cadencias alternaba,
Cual eco que mis ayes repetia :

A tí, que de mis penas la porfia
Por la estrecha amistad que nos ligaba,
De suerte el corazon te traspasaba,
Que la llorabas tuya, siendo mia :

A tí, Berardo, á tí justo es resuelva
Dedicar este afan, corto servicio,
Porque así á respirar contigo vuelva :

Accepta, pues, de amor el sacrificio
En versos que las ninfas de la selva
Escucharon de Mopso y de Fenicio.

ÉGLOGA.

—
POETA, MOPSO, FENICIO.

POETA.

Ya las nocturnas aves
Del monte horrorizaban la espesura
Con sus lamentos graves,
Y el negro velo de la noche oscura
Bajando de la lóbrega montaña
Se estendia á la rústica cabaña :

Cuando Fenicio herido
Del acerbo dolor que le atormenta,
Del mal entretejido
Albergue pastoral triste se ausenta,
Para dar sin medida á su quebranto
El infeliz consuelo de su llanto.

Un cayado grosero
Su débil contestura sustentaba,

El rostro lastimero
Sobre el cansado pecho reclinaba,
Y ácia al suelo doblando su estatura,
Un espectáculo era de ternura.

En traza tan penosa
Poco á poco los pasos dirigia
A la montaña umbrosa,
Y en llegando á su espesa serranía,
De esta suerte, sentándose en un tronco,
Desató de su voz el eco ronco.

FENICIO.

¡ Oh noche, á mi tristeza acomodada !
¡ Asilo de mi grande sentimiento !
A tu silencio solo revelada
La causa puede ser de mi tormento :
Diga pues mi dolor la voz cansada,
Y salga de este pecho el mal que siento :
Siendo testigos las montañas rudas,
Las peñas sordas, y las selvas mudas.

Que aunque siempre serán quejas en vano,
Pues mi mal ¡ ay de mí ! no tiene cura ;
No sé qué de consuelo el pecho humano
Siente con espresar lo que le apura :

Hable pues de mi dueño que tirano
Mi pena, mi dolor, mi mal procura :
De Dóris, si, de Dóris tanta mengua
Que siente el corazon diga la lengua.

¿ Qué motivo ¡ ay dolor ! ingrata fiera,
Pudo dar ocasion á tal desvío,
Que ofendiendo mi amor y fe sincera
Sujetas á otro amante tu albedrío ?
¿ Por ventura no soy el que antes era ?
¿ Pues cómo ya te enfada el amor mio ?
¿ Cómo asi con tan súbita mudanza
Muere tu amor, acaba mi esperanza ?

¿ A dónde está el amor y la fe pura
Que en aras de tu pecho me juraste ?
¿ A dónde retiraste mi ventura,
Y de mí tan cruelmente la apartaste ?
¿ A dónde mi regalo y mi dulzura,
Y en ellos mi alma y vida te llevaste ?
¿ A dónde ? ¿ á dónde, di, Dóris, á dónde
Tanto bien ¡ ay de mí ! tu mal me esconde ?

¿ Con que llegó por fin tu atrevimiento,
Sin alma, sin razon, sin fe, sin juicio,
A quebrantar el mutuo juramento
Con que al amor hicimos sacrificio ?

Mas que fiera con tal procedimiento
Te acreditas ¡ay Dóris! con Fenicio:
Mas que fiera... sí, Dóris ¿quién creyera?
¡Ay Dóris, Dóris... Dóris mas que fiera!

¡Qué traicion! ¡qué rigor! ¡qué alevosía,
Ofendiendo mi amor, es la que has hecho!
Pues cuando el daño menos precavia,
Porque estaba, aunque mal, muy satisfecho,
Le robaste el contento á la alma mia,
Dándole á otro pastor tu fácil pecho:
Mas allá de la negra infamia toca
Lo alevoso de tu hecho, y accion loca.

¿Quién creyera que ingrata me pagaras
Con tanta falsedad, tanta vileza,
Los tiernos holocaustos que á tus aras
Ofrecia cuotidianos mi fineza?
¡Oh si tu culpa á conocer llegaras!
Quizá mirando entonces tu bajeza,
Por no manifestar perdido el juicio,
Amaras como de antes á Fenicio.

Mas si apartado estoy de tu memoria,
Y por otro llegaste á mal quererme,
¿Cuándo podré gozar mi antigua gloria?
¿Cuándo podré en tus ojos complacerme?

¿Cuándo podré de amor cantar victoria?
¿Cuándo en tus dulces brazos podré verme?
¿Cuándo podré? ¡ay de mí! no tienen cuando
Los regalos de amor que estoy llorando.

¡Ay! que de rabia y cólera reviento,
Mirándome por otro desdeñado:
El corazon del fiero sentimiento
Parte á parte le tengo traspasado:
Desmáyase el valor y el sufrimiento:
Y del remedio ya desesperado,
Para aplacar un tanto mis enojos,
Lloran hasta cegar mis tristes ojos.

POETA.

Aquí quedóse mudo,
Porque el dolor el pecho le oprimia:
Y cuando ya no pudo
Con la lengua esplicarse, se valia
De los ojos, que son mas elocuentes
En idiomas de lágrimas corrientes.

Del tiempo la balanza
Ya con iguales horas se movia,
Y sin tener mudanza
En sus lágrimas tristes, parecia

Que para dar alivio á sus enojos
El alma liquidaba por los ojos.

Cuando á breves instantes,
Como el cielo de nubes revistiese
Sus antorchas flamantes,
Y sus faldas el monte estremeciese
De los horrendos truenos al amago,
Esperando en sus troncos el estrago :

Como enojado el viento
Corriese por la sierra, despojando
De su hojoso ornamento
A las plantas con que iba tropezando :
Y quédase aquel sitio de tal modo,
Que infundiendo pavor estaba todo :

Enjugando su llanto,
A la rotura de una bruta peña
Retiróse entre tanto
El cielo daba de sereno seña,
Que ya, según lo mucho que llovía,
En agua al parecer se deshacía.

Con quietud procuraba
Mitigar por entonces sus congojas,
Y la noche pasaba
En el lecho fatal de ásperas hojas,

Dando alivio á sus ojos entre tanto
Que volvía de nuevo al triste llanto.

En fin, ya el claro día
Daba para llegar pasos violentos,
Y puesto en armonía
El curso de los bravos elementos,
Se asomaba la aurora á su ventana
Alegrando la cándida mañana.

Entonces la caverna
El infeliz pastor desamparaba,
Y á tierra mas interna
Sus trabajados pies enderezaba;
Cuando Mopso saliéndole al camino,
Los pasos le estorbó de su destino.

Era este un ganadero
De distinta cabaña, que había sido
Su amado compañero
En otro tiempo, porque habían vivido,
Teniendo sus albergues inmediatos,
Probando su amistad con fieles tratos.

Después que se pagaron
Algunas afectuosas espresiones
Que siempre acostumbraron
Los amigos en tales ocasiones,

A la sombra de un roble se acogieron,
Y principio á su plática pusieron.

FENICIO.

¿Qué fin de tu cabaña te ha sacado
Quieres decirme, amigo el mas querido?

MOPSO.

Dorisa, la zagala á quien he dado
Por justo premio el corazon rendido.

FENICIO.

Dichoso aquel amante que pagado
Vive, sin las ofensas del olvido;
No asi yo, Mopso: escucha de mi historia
Mil cosas que enternecen mi memoria.

A tiempo que sus bodas celebraban
Dos amantes dichosos cierto dia,
A los campos me fuí donde se hallaban
Con música espresando su alegría.
Acerqueme curioso á donde estaban
Las zagalas, y aun no bien recorria
La vista desgraciada, cuando luego
Cual con la luz del sol me quedé ciego.

Era Dóris, la misma que al instante
En su mirar risueño prometia
Ternura á mi cariño titubeante
Que mi rendido pecho le ofrecia:
Entonces parecióme que de amante
Venturoso la suerte me seria;
Pues saliendo á mis labios mil arrojos,
Se asomaban afectos á sus ojos.

Dieron fin á la fiesta los pastores,
Y acompañarla ofrezco hasta su casa;
Mas temiendo del vulgo los rumores,
En admitir la oferta anduvo escasa:
No juzgué sus reflejas inferiores,
Como que sé lo que en el mundo pasa;
Y asi me despedí tocando ufano
Albos jazmines de su blanca mano.

A mi albergue me fuí, y aunque pudiera
Facilitar consuelos la esperanza,
El corazon se abrasa, y una hoguera
En suspiros de amor afuera lanza:
La deidad de la noche en su carrera
Soñolienta pasaba con tardanza:
Pero habiendo llegado el claro dia,
A la casa de Dóris me partia.

De nuevo me enardesco, y cuando intento
 Aliviar con su vista mi quebranto,
 Los incendios de amor hallan fomento,
 Y los deseos crecen otro tanto :
 Freno pongo á cualquier atrevimiento
 Temiendo un disfavor ; mas entre tanto
 No dejaba el amor de hacer conquista,
 Ya que no con la boca , con la vista.

Repito mis visitas obsequioso :
 Y cual soldado en la campaña instruido
 Ya se muestra cobarde , ya animoso,
 Ya triunfante en la lid , ó ya vencido :
 De la misma manera cauteloso,
 Me hago ya despreciado , ó ya querido :
 Oportuna materia para luego
 A la mina de amor prenderle fuego.

En este aunque amoroso, triste estado
 Sujeto del honor á la cadena,
 En la cárcel del pecho aprisionado
 Lamentaba el amor su dura pena.
 Diez palacios habia el sol dorado,
 Y la luna se vió diez veces llena,
 Sin que diese por tímida la boca,
 Libertad á pasión que en muerte toca.

Hasta que en fin , instable la fortuna ,
 O la misma desgracia cautelosa ,
 Dispúsome ocasion tan oportuna
 Que me fuera el callar sensible cosa :
 No corrió con mas fuerza fuente alguna ,
 Cuando rompe los diques impetuosa ,
 Despues de largo tiempo aprisionada ,
 Que mi alma al espresarse apasionada.

Dijela pues , del mal que adolecia
 Con vivas y eficaces espresiones :
 Y á la de amor continua bateria
 El muro se rindió de sus razones.
 Conquistado el respeto en aquel dia
 Unimos nuestros tiernos corazones,
 Y dándonos recíprocos abrazos
 Fueron nudos estrechos nuestros brazos.

Vigilante el amor, nuevo cuidado
 En adelante puso á su belleza :
 Y era tanto mayor que en lo pasado
 Cuanto hasta entonces fué mas su fineza :
 Igualmente oficioso que elevado
 En empeños de toda su terneza
 Mis manos la servian , cuando á sus soles
 Eran siempre mis ojos girasoles.

Desde luego su afecto me obligaba,
 Y como ya otra Dóris parecía,
 El obsequio futuro anticipaba
 Cuando algunos presentes le servia :
 Unas veces de un modo le espresaba,
 Y otras de otro el amor que le tenia :
 Acciones con que suelen los amantes
 Obligar á sus dueños á constantes.

Luego que por abril las blandas flores
 El abundoso campo se vestia,
 A ejemplo de los mas tiernos pastores
 Las guirnaldas mas bellas le tejia :
 Pretendian acaso mis amores
 Agitados á impulsos de alegría,
 Que cuando al campo su hermosura fuera
 La adorara la misma primavera.

El otoño conforme se asomaba,
 Y sazonados frutos ofrecia,
 Las primicias mas gratas le llevaba
 Que el cultivado soto producía.
 Parece que mi amor solo cuidaba
 De ver como á su Dóris complacia,
 Pues aun en tiempos menos liberales
 Mis oficios se vieron siempre iguales.

Desde luego en naciendo el corderillo
 Mas hermoso y galan por sus colores,
 Purificado en aguas de tomillo
 Y en otros aromáticos licores,
 Coronado del mas tierno ramillo,
 Y salpicado bien de nuevas flores
 A sus aras llevaba en sacrificio
 Del amor y la fe de su Fenicio.

Ocasion no faltó en que mis desvelos,
 Haciéndose enemigos de las aves,
 Cogiesen de sus nidos los polluelos
 Que diesen á mi Dóris cantos suaves :
 Industriosos acaso mis anhelos,
 Pues querian tal vez que en tonos graves
 Y dulces, de la música del alba
 Tambien hicieran á mi Dóris salva.

Así el tiempo pasaba, y sin las guerras
 De zelos se gloriaban mis amores :
 Tres veces el verano en nuestras tierras
 Coronado salió de nuevas flores ;
 Y otras tantas los montes y las sierras
 Lloraron del invierno los rigores ;
 Sin que alterase el mar de mis dulzuras
 Ni el aire de ligeras desventuras.

Pero vino ¡oh dolor! ¡triste memoria!
 Otro tiempo en que todo se perdiera,
 Tiempo en que diera fin toda mi gloria,
 Tiempo en que todo mal en mí se viera.
 ¡Oh tiempo en que el laurel de mi victoria
 Secóse sin que yo lo mereciera!
 ¡Oh tiempo! ¡tiempo, en que quedó triunfante
 Otro, si mas feliz, menos amante!

Entonces, Mopso, cuando está mas viva
 La llama de mi amor, cuando mas fuerte
 Agita el alma, de mi bien me priva
 Cruel influjo de mi mala suerte:
 Y entonces ¡ay de mí! Dóris esquiva,
 Parece que en mi ausencia ve mi muerte,
 Pues violando el amor y la fe pura
 Mancha con otro dueño su hermosura.

Cuando perdida advierto yo su gracia,
 Y el rigor á que ingrata me condena:
 Y veo de mi amor la ineficacia,
 Y en otros brazos la contemplo agena,
 Crece tanto el dolor de mi desgracia,
 Y de su ingratitud la grave pena,
 Que levanto la voz de mis querellas
 Hasta herir esa bóveda de estrellas.

Si, Mopso, cuando yo su mal recuerdo,
 Cual por el monte fiera embravecida,
 Las plantas trozo, los peñascos muerdo,
 Procurando acabar mi amarga vida:
 Me falta la razon, el juicio pierdo:
 Y enferma el alma con mortal herida,
 No sé como despojo de mi saña
 No encuentro mi sepulcro en la montaña.

Pluguiera al cielo que de sus enojos
 (Antes que de mi Dóris las estrellas
 Hubiera visto de sus negros ojos)
 Me hubiesen abrasado las centellas:
 Pues ahora que contemplo los despojos
 Que el amor me ofreció en sus luces bellas
 Tan sin remedio en otro dueño, quedo....
 Quedo... como esplicarte yo no puedo.

MOPSO.

Hazte, Fenicio amigo, hazte violencia
 Para romper los lazos amorosos:
 A tu ayuda se mira ya la ausencia
 Despues de largos tiempos perezosos:
 Pon tu aficion en otra, y la esperiencia
 Efectos te hará ver maravillosos:

Estos son contra amor seguros medios,
Y de su mal los únicos remedios.

FENICIO.

De mi pecho confieso que debiera
Arrancar su retrato soberano;
Pero helara la alegre primavera,
Floreciera el invierno triste y cano,
Esta montaña abajo se viniera,
Igualando sus cumbres con el llano,
Antes que, de mi agravio satisfecho,
Sacara su retrato de mi pecho.

Tu consejo, no hay duda, atiendo grato;
Mas quererlo llevar á buen efecto
Es imposible, Mopso, y así trato
Acabar á los yerros de mi afecto:
Bruto soy en querer á un dueño ingrato,
Aunque como hombre culpo su defecto:
Mas adorando á Dóris, no disputo
Sobre si bien soy hombre, ó bien soy bruto.

MOPSO.

Fuerza será dejarte en tu locura
Cuando el tirano amor te tiene ciego:

No tienes; ay de tí! no tienes cura,
A mi consejo opuesto, y á mi ruego:
Mas si algo te merecere mi ternura
A mi cabaña ven conmigo luego.

FENICIO.

Cuanto fuere tu gusto á mi alma pide;
Menos el que de Dóris cruel se olvide.

Que aunque me aviente la fortuna airada
A la region ardiente, ó á la fria,
Y la esperanza llore retirada
De volverla á gozar en algun dia,
En mi memoria siempre colocada
El ídolo será de la alma mia:
Así Dóris verá por mis amores
El amante mas fiel de los pastores.

POETA.

La carroza dorada
Del inflamado intrépido Faetonte
Rodaba acelerada
Tras de las cumbres del soberbio monte,
Sepultando sus rayos carmesies
Entre nubes de rosas y alelíes:

Cuando los dos zagales,
Dejando del desierto la aspereza,
Sus amorosos males
Cantaban por alivio á su tristeza :
Costumbre muy antigua en los pastores
En triste soledad cantar amores.

Al albergue llegaron
Habiéndose ocultado el febeo coche
Entre las que bajaron
Oscuras sombras de la negra noche,
Y entonces cada cual se recogia
En su pajizo lecho hasta otro dia.

ÉGLOGA SEGUNDA.

LA PASTORA MAS FIEL

DE LA CABAÑA.

DEDICATORIA.

Fileno, sabio pastor,
Si á tí se quejó algun dia,
Como sé, la Dóris mia,
De que olvidaba su amor :

Oye en mi voz su dolor ;
Mas sin hacer de esto juicio,
Pues si del triste Fenicio
Llega á tí la voz confusa,
Es, porque quiere mi musa
Hacerte algun sacrificio.